

Roy Spivey

Miranda July¹

¹ Traducción ADO (Antonio Díaz Oliva)

Dos veces me he sentado al lado de un famoso en un avión. El primero fue Jason Kidd de los New Jersey Nets. Le pregunté por qué no volaba en primera clase y dijo que porque su primo trabajaba para United. “¿Y no es esa justamente una buena razón para viajar en primera clase?” “No. Prefiero así”, dijo y extendió sus piernas hacia el pasillo. No le hice más preguntas. ¿Qué sé de los altos y bajos de ser una estrella deportiva? Nos fuimos en silencio por el resto del vuelo.

No puedo mencionar el nombre del segundo famoso, pero les diré que es un galán rompecorazones casado con una joven actriz. Asimismo, que su primer nombre incluye la letra V. Y eso es todo (en serio no puedo decirles nada más que eso). Bueno, piensen en la palabra espionaje. Okey, pero eso es todo. Yo le digo Roy Spivey, que es un casi anagrama de su nombre. Si fuera una persona más segura no habría cedido mi asiento en un vuelo sobrevendido, no me habrían pasado a primera clase y no me habría sentado a su lado. Era mi recompensa por ser tan sumisa. Él durmió la primera hora, y fue asombroso ver una cara famosa tan vulnerable y tan vacía. Roy tenía ventana y yo pasillo, y fue como si lo cuidara, como si lo protegiera de las luces brillantes y de los paparazis. Duerme, pequeño espía, duerme. Es por eso que siempre dejo que los hombres me vean quedarme dormida al principio de una relación. Porque pese a mis 1.80 soy frágil y necesito que me cuiden. Y solo aquel que puede ver lo débil que es una gigante como yo por dentro es un hombre de verdad. No sería raro, además, que a ese tipo de hombres las mujeres pequeñas lo vuelvan un poco loco; y por eso que les atraigan las mujeres altas. Roy Spivey se movió en su asiento. Despertó. Rápidamente cerré mis ojos y luego lentamente los abrí, como si yo, también, hubiese estado durmiendo. Ah, pero él todavía no había abierto sus ojos. Cerré los míos de nuevo y los volví abrir al instante, lentamente, y él abrió los suyos, lentamente, y nuestros ojos se encontraron, y pareció como si hubiésemos despertado de un sueño único, del sueño de nuestras vidas. Yo, una alta pero descuidada mujer; él un distinguido espía, aunque no realmente; sólo un actor, aunque no realmente; simplemente un hombre, e

incluso sólo un niño. Esa es la otra forma en que mi altura puede funcionar sobre los hombres, la forma más común: me transformo en sus madres.

Hablamos durante las siguientes dos horas. Fue ese tipo de conversación sobre todo y nada. Él me contó íntimos detalles sobre su esposa, la hermosa señora M. ¿Y quién hubiera adivinado que aquella mujer fuera tan problemática? “Oh, sí, todo lo que sale en los tabloides es verdad” “¿En serio?” “Sí, especialmente lo de los desordenes alimenticios” “¿Pero las infidelidades?” “No, no las infidelidades, claro que no. Uno no puede confiar en los bloides” “¿Bloides?” “Les llamamos bloides. O los tab.”

Cuando trajeron la comida fue como si estuviéramos desayunando juntos, y cuando me levanté para ir al baño él bromeó: “¡Me estás abandonado!”. Y le dije: “Volveré”. Mientras caminaba por el pasillo varios de los pasajeros me miraron fijamente, especialmente las mujeres. El rumor había viajado rápido en este pequeño pueblo con alas. Incluso, pensé, hasta había algún periodista de uno de esos “bloides” en el vuelo (sí, definitivamente había alguien de los “bloides”). ¿Habíamos conversado demasiado fuerte? A mí me pareció que susurrábamos. Miré en el espejo mientras orinaba y me pregunté si yo era la persona menos agraciada con que Roy había hablado alguna vez. Me saqué la blusa e intenté lavarme debajo de mis brazos, lo cual fue imposible en un baño tan pequeño. Lancé manotazos llenos de agua hacia mis axilas pero éstos aterrizaron en mi falda; y era una de esas faldas que se oscurecen aun más al mojarse. Ahora sí que estaba en una situación realmente grave. Actué rápidamente. Me saqué la falda y la remojé en el lavatorio, luego la estrujé y la suavicé con mis manos. Me la puse de nuevo. Así estaba un poco mejor. Ahora era solo una gran mancha oscura. Caminé de vuelta por el pasillo. Fui cuidadosa de no tocar a nadie con mi falda oscura. Cuando Roy Spivey me vio, gritó: “¡Volviste!” Y yo reí y me dijo: “Oye, ¿qué le pasó a tu falda?” Me senté y le expliqué todo el asunto. Comencé con las axilas. Él escuchó atentamente hasta que finalicé.

“¿Pero entonces pudiste lavarte axilas o no?” “No” “¿Huelen mal?” “Parece”
“Si quieres puedo olerlos y decirte si huelen mal” “No” “No te preocupes -
dijo-, así es en el mundo del espectáculo” “¿En serio?” “Sí, mira...”

Se acercó y puso su nariz contra mi polera. “Huele mal” “Bueno, ya, pero
intenté lavarlos” Roy se paró. Pasó por sobre mí para llegar al pasillo, y lo vi
hurguetear en el compartimiento de arriba. Se sentó de vuelta en su asiento
de manera dramática. En sus manos tenía una botella con un aromatizador.

“Es Febreze”, dijo. “Creo que lo conozco” “Se seca en segundos. Y se lleva el
olor al secarse. A ver, sube tus brazos”

Subí mis brazos y con una gran astucia aplicó tres dosis de espray debajo de
cada manga.

“Es mejor si mantienes tus brazos así hasta que se seque” Los mantuve arriba.
Un brazo extendido hacia el pasillo y el otro cruzando su pecho, mi mano
llegaba hasta la ventana. Quedó en evidencia mi altura. Sólo una mujer así de
alta podía tener este cuerpo. Él miró fijamente mi brazo. Lo contempló
durante un momento, luego gruñó y lo mordió. Entonces rió. Y yo reí
también, aunque no entendí por qué lo había hecho, qué era eso de morder
mi brazo.

“¿Qué fue eso?” “¡Eso significa que me gustas!” “Ah, eh, bueno” “¿Quieres
morderme?” “No” “¿No te agrado?” “No, sí me agradas” “¿Es porque soy
famoso?” “No” “Sólo porque soy famoso no significa que no necesite lo que
todos necesitan. Mira, muérdeme en cualquier parte. Muerde mi hombro”
Se sacó la chaqueta, desabotonó los cuatro primeros botones de su camisa y
mostró un hombro largo y bronceado. Me acerqué y lo mordí ligeramente, y
luego agarré mi *SkyMall* y comencé a leerla. Después de un minuto se
abotonó y lentamente agarró su copia de *SkyMall*. Leímos por media hora.
Durante este rato tuve cuidado de no pensar en mi vida. Mi vida estaba lejos
de nosotros, en un edificio de estuco naranja-rosado, y ahora me parecía que
nunca tendría que volver a ella. La sal de su hombro cosquilleaba en la punta
de mi lengua. Tal vez después de este encuentro nunca más me quedaría
inmóvil en medio del living preguntándome qué hacer. A veces me

inmovilizaba por dos horas, sin poder generar suficiente energía para comer, salir, limpiar o para dormir. Parecía improbable que alguien recién mordido por una celebridad —y alguien que también había mordido a una celebridad—, tuviese este tipo de problema. Leí sobre pequeñas aspiradoras diseñadas para absorber insectos voladores. Aprendí sobre toallas con auto calefacción y piedras falsas para esconder las llaves de la casa. Comenzamos a aterrizar. Ajustamos los asientos y doblamos las pequeñas mesas. Repentinamente Roy Spivey se dio vuelta y dijo: “Oye”. “Oye”, le respondí. “Oye, lo pasé bien contigo” “Yo también”

“Voy a escribir un número y quiero que lo protejas con tu vida” “Okey” “Si este número telefónico cae en malas manos tendré que conseguir alguien que cambie la línea. Y eso es un gran dolor de cabeza” “Okey” Escribió el número en una página del catálogo de *SkyMall* y sacó la hoja y la puso en la palma de mi mano. “Es la línea personal de la nana de mi hijo. Las únicas personas que pueden ocupar esta línea son su novio y el hijo de mi nana. Ella siempre responde. Así que siempre me podrás encontrar. Y ella sabrá dónde estoy”. Miré el número. “Le falta un dígito”, dije. “Lo sé, quiero que te memorices el último número, ¿de acuerdo?” “De acuerdo” “Es cuatro”

Giramos la cara hacia el frente del avión y Roy Spivey tomó mi mano suavemente. Yo todavía sostenía el papel con el número, así que él también lo sostenía. Todo se sentía tan cálido como sencillo. Nada malo me podría pasar mientras estuviera sosteniendo manos con él, y cuando me abandonase yo tendría el número que termina en cuatro. Toda mi vida había querido un número así. El avión aterrizó lentamente, como una línea recta que uno traza sin dificultad. Roy me ayudó a bajar mi bolso de mano desde el compartimiento; la escena era obscenamente familiar. “Mi gente me va a estar esperando afuera, entonces no podré decirte adiós debidamente” “Lo sé. Está bien” “No, no lo es. Es una burla” “Pero lo entiendo” “Bueno, esto es lo que haré. Justo antes de que me vaya del aeropuerto voy a acercarme a ti y diré, ‘¿Trabaja acá?’” “No te preocupes. Realmente lo entiendo” “No, esto

es importante para mí. Diré, ‘¿Trabaja acá?’ Y entonces tú dices tu parte” “¿Cuál es mi parte?” “Dices, ‘No’” “Okey” “Y yo sabré que te refieres. Nosotros dos vamos a saber el significado secreto” “Okey” Nos miramos los ojos de una manera que decía que nada importaba tanto como nosotros. Me pregunté si mataría mis padres para salvar a este hombre o no (una pregunta que me he hecho desde que tengo quince). Por lo general la respuesta era sí. Pero a largo del tiempo todos esos chicos habían desaparecido de mi vida y mis padres aún vivían. Y cada vez estaba menos y menos dispuesta a matarlos por cualquiera; de hecho, en ese mismo momento pensé en la salud de mis padres. De todas maneras, en el caso de Roy tuve que decir que sí.

Sí, lo haría. Caminamos por el túnel que dividía el avión y la vida real, y entonces, sin saber demasiado hacia dónde iba, desapareció. Intenté no buscarlo en el área de entrega de equipaje. Él me encontraría si así lo quisiera. Me puse fuera de un baño. Saqué mi bolso. Bebí de la fuente de agua. Vi a varios niños pegarse entre ellos y saltar. Finalmente dejé que mis ojos lo buscaran por entre la gente que caminaba por el aeropuerto. Estaban todos los que no eran él, cada uno de ellos. Y ninguno de ellos sabía su nombre. Los que tenían talento para el dibujo podrían haberlo dibujado de memoria, y el resto podría ciertamente describirlo si tuvieran que hacerlo para, por ejemplo, una persona ciega. El ciego sería la única persona que no sabría cómo era. Pero incluso el ciego sabría el nombre de su señora, y algunos de ellos sabrían el nombre de la tienda donde su señora compró camisetas de lavanda y unos shorts que combinaban con esas camisetas. Roy Spivey estaba en todas y en ninguna parte. Hasta que alguien me tocó el hombro por detrás. “Perdone, ¿trabaja acá?” Era él. Excepto que no era él, porque no había voz en sus ojos; sus ojos estaban en silencio. Roy actuaba. Dije mi parte: “No” Una mujer apareció a mi lado. “Yo trabajo acá. Yo puedo ayudarle”, dijo con entusiasmo. Roy pausó por una fracción de segundo y luego dijo: “Excelente”. Esperé para ver cómo seguiría la situación, qué se le ocurría ahora, pero la mujer del aeropuerto me fulminó con la mirada, como si yo estuviese figoneando, y luego dejó sus ojos sobre

él, como si ella lo estuviese protegiendo de gente como yo. Quería gritar, “¡Era un código! ¡Tenía un significado secreto!” Pero sabía lo mal que se vería algo así, por lo que me hice a un lado.

Esa noche estaba inmóvil en medio del piso del living. Había cocinado y me había comido la cena, y estaba pensando en limpiar la casa. Pero camino a agarrar la escoba se me ocurrió flirtear con el vacío de la sala. Quería ver si podía empezar de nuevo. Aunque por supuesto que sabía cuál sería la respuesta. Cuanto más tiempo me quedara allí, más tiempo tendría que quedarme. Era intrincado y exponencial. Parecía como si no hiciera nada, pero en realidad estaba tan ocupada como un científico o un político. Calculaba mi próximo paso. Y que mi próximo movimiento fuera siempre no moverme no facilitaba las cosas.

Abandoné la idea de limpiar y simplemente esperé quedarme dormida a una hora razonable. Pensé en Roy Spivey en la cama con la señora M. Y luego recordé el número. Lo saqué de mi bolsillo. Roy lo había anotado encima de una foto de cortinas rosadas. Estaban hechas de una tela diseñada originalmente para transbordadores espaciales; cambiaban de densidad en reacción a fluctuaciones de luz y calor. Murmuré todos los números y luego grité fuertemente el faltante. ¡Cuatro! Se sentía bien. Y peligroso. ¡CUATRO! Y me moví a gusto por la sala, me puse mi camisón, me lavé los dientes y me fui a la cama.

A lo largo de toda mi vida he usado el número. No el número telefónico, sino el cuatro. La primera vez que conocí a mi esposo susurré “cuatro” mientras él estaba dentro mío porque el sexo me dolía. Y luego me dijeron que podía operarme para que no doliera tanto. Susurré “cuatro” cuando mi padre murió de cáncer al pulmón. Cuando mi hija se metió en problemas en México, dios sabe haciendo qué cosa, me dije “cuatro” a la vez que le daba el número de mi tarjeta de crédito a través del teléfono (lo cual fue confuso: pensar un número y decir otro al mismo tiempo). Mi esposo bromea sobre todo esto, sobre mi número de la suerte, pero nunca le he contado lo de

Roy. Nunca se debe sobreestimar la capacidad de un hombre de sentirse amenazado. No hace falta ser una belleza para que los hombres se peleen por ti. En una reunión de mis compañeros de colegio apunté a un profesor que alguna vez me gustó, y hacia el fin de la velada este profesor y mi marido se peleaban en el estacionamiento del hotel. Mi esposo dijo que fue por algo racista, pero yo sabía la verdadera razón. Es mejor no hablar de ciertas cosas. Esta mañana me puse a limpiar mi cajón con joyas cuando encontré un trozo de papel con unas cortinas rosadas. Pensé que lo había perdido hace tiempo, pero no, ahí estaba, doblado y debajo de un clavel seco y al lado de esas pulseras tan imprácticas como pesadas. No había susurrado “cuatro” en años. La idea me hizo sentir un poco agotada, como una navidad que no se está de buen humor para celebrarla. Me paré cerca de la ventana y estudié la escritura de Roy Spivey a la luz. Ahora Roy estaba viejo —todos los estamos—, pero seguía trabajando. Tenía su propio programa en la televisión. Ya no era un espía; ahora actuaba como padre de doce adolescentes en problemas. En algún momento había perdido el hilo de todo este asunto. No había entendido nada. Miré fuera de la venta; mi esposo estaba en la entrada de la casa aspirando y limpiando el auto. Me senté en la cama con el número en mis piernas y el teléfono en mis manos. Marqué los números, incluyendo el número invisible que me había guiado durante toda mi vida. Estaba fuera de servicio. Por supuesto que ya no funcionaba. De hecho, fue absurdo pensar que todavía era la línea privada de su niñera. Los hijos de Roy Spivey estaban grandes. La niñera trabajaba para otros, o tal vez le había ido bien y se inscribió en una escuela de enfermeras o de negocios. Me alegro por ella. Volví a mirar el número y sentí algo, una oleada, una sensación fugaz pero a la vez permanente. Muy tarde. Había esperado demasiado tiempo. Escuché a mi esposo golpear el tapete del auto. Nuestro gato viejo se me acercó, enredó su cola entre mis piernas y pidió comida. Pero no pude pararme. Minutos pasaron, casi una hora. Y comenzó a oscurecer. Mi esposo estaba abajo preparándose un trago y yo estaba apunto de pararme. En el patio los grillos rechinaban y yo estaba apunto de pararme.